

formal, alarga el verso y acepta más de una libre asociación. Su poesía gana libertad y se deslustra de pesos decimonónicos. Así escribe poemas como «La cerveza del pescador de Schiltiheim»; «La calle del agujero en la media»; «La granja de Villa Rosa», y especialmente «Escrito sobre una mesa en Montparnasse», que muchos críticos consideran su mejor texto y que integra el puñado de trabajos más representativos de la vanguardia latinoamericana de comienzos del siglo veinte. Resulta paradójico que justamente ese texto arquetípico de la poesía y del carácter argentino fuera escrito en la capital francesa. Según un juicio epidérmico, resultaría demostrativo del afrancesamiento de la cultura nativa de esta época; pero un análisis más profundo acaso lo definiera como expresión de la permanente sensación de exilio de las sociedades nacidas de la inmigración, como la argentina, donde padres y abuelos transmitieron la sensación de no pertenencia, de vivir en un sitio diferente de aquel al que se sueña regresar algún día.

En ese poema Raúl describe su deslumbramiento parisino, su sensación de soledad (echa de menos su ciudad) y comenta: «Vengo de Buenos Aires, digo a mis amigos desconocidos, de Buenos Aires que es tres veces más grande que París y tres veces más pequeña». Y luego describe su aventurero recorrido por las provincias argentinas, su antiguo, ingenuo rencor por la burguesía («Yo quisiera escupir los vidrios de un expreso de lujo / para que rabien los millonarios») y su necesidad de ponerse «a gritar sobre la Torre Eiffel con afilados gritos/ para que venga una mujer y me ame».

Cuando en 1933 estalló la guerra del Chaco, entre Bolivia y Paraguay, el director de *Crítica* Natalio Botana, envió a Raúl como corresponsal. Llegó al frente durante la enconada batalla de Boquerón, una de las más sangrientas de la guerra. El resultado fue una serie de crónicas en las cuales, sin excesivas adjetivaciones, mostró la contienda en cuadros patéticos y austeros. Como no podía ser de otra manera, también quedaron poemas («La pequeña brigada avanza./ La cabeza quedó colgada/ como una fruta en un alambre./ Somos la pequeña brigada./ Somos el sueño, la sed, el hambre».)

Entre 1934 y 1935 se producen hechos que marcarán un nuevo rumbo en su poesía: el primero, conoce a Amparo Mom, a quien dedicará su mejor poema amoroso «Lluvia» («Te quiero con toda la ternura de la lluvia. / Te quiero con toda la furia de la lluvia. / Te quiero con todos los tambores de la lluvia. / Te quiero con todos los violines de la lluvia».) El segundo, su viaje a España. «Corresponde a lo que yo llamo memorable en mi vida de poeta, de periodista, de hombre de mi tiem-

po, el que dejó marcadas más vivencias. Viajamos con Amparo Mom en 1935», confió en las largas charlas sostenidas en 1973¹. La misma mañana de la llegada a Madrid «nos comunicamos telefónicamente con Federico García Lorca y Neruda; éste era cónsul en Madrid en aquel momento. A los dos los habíamos conocido el año anterior en Buenos Aires, y García Lorca nos llevó a un almuerzo en honor de Vicente Aleixandre, festejando la publicación de *La destrucción o el amor*. Se hallaban en ese día inolvidable, además de los nombrados, Enrique Díez Canedo, Manolo Altolaguirre, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo y Juan Panero y otros. Cuando ya estaba por comenzar el almuerzo llegó Miguel Hernández, con su traje de pana y su cara de “patata recién sacada de la tierra” como decía Neruda».

Después, la amistad con el poeta de Orihuela se ahondaría en largas charlas en la Cervecería de Correos, donde Raúl le transmitía sus ideas sobre el porvenir del socialismo y las teorías de Marx. En el banquete de despedida, Miguel habría de sorprenderlo con un soneto cuyo original conservó González Tuñón como uno de sus recuerdos más preciados: «Raúl, si el cielo azul se constelara/ sobre sus cinco cielos de raúles / a la Revolución sus cinco azules/ como cinco banderas entregara».

En 1934 se había producido la represión a la huelga minera de Asturias. Lo conmueven los ecos de la matanza de obreros por parte de las tropas moras y el Tercio Extranjero en 1936. («Que ya vienen galopando / sobre la angustia de España,/ asesinando palomas / y fusilando cigarras, que ya vienen galopando / sobre la angustia de España / los soldados enemigos / de la dignidad humana./ La Legión ha entrado a España»).

La península estaba en ebullición; el enfrentamiento entre izquierdas y derechas era inminente y llegaría en julio del 36. Raúl habla con mineros, que le recuerdan a su abuelo nacido en Mieres, y comienza a escribir *La rosa blindada*. Libro clave que abre el camino de la poesía militante latinoamericana, del que Octavio Paz sentenció que sin él no hubieran existido ni *España en el corazón* de Neruda, ni *España aparta de mí este cáliz* del peruano César Vallejo. En esta obra González Tuñón echa mano de distintos procedimientos: el verso formal, rimado, a veces machacón: «Estaba toda manchada de sangre, / estaba toda ma-

¹ Salas, Horacio: *Conversaciones con Raúl González Tuñón*, Ed. La Bastilla, Buenos Aires, 1975.

Todos los entrecomillados de opiniones del poeta, corresponden a ese libro.

tando a los guardias,/ estaba toda manchada de barro, estaba toda manchada de cielo, estaba toda manchada de España». («La Libertaria», escrito en memoria de Aída Lafuente, muerta en la cuenca minera de Asturias). Otras veces, recurre a la prosa poética, introduce palabras puramente periodísticas y hasta propias de jergas técnicas, y vocablos del habla popular. Un camino comprometido con sus ideas, por el que también discurrirá su volumen sobre la Guerra Civil: *La muerte en Madrid*, de 1939.

Pero contrariamente a otros poetas en los que la militancia adquirió un papel protagónico y con demasiada frecuencia cayeron en las ingenuidades y ocultamientos propagandísticos del realismo socialista, González Tuñón pudo eludir ortodoxias a golpes de poesía. En él, se rescata siempre al creador que – según sus propias palabras, vivía en «perpetua exaltación lírica». Pero incluso sus artículos críticos en periódicos comunistas lo muestran fuera de la alineación y alienación que la disciplina partidaria hacía obligatorias. Hasta sus reconocimientos a creadores como Paul Valéry, Paul Verlaine o Stéphane Mallarmé, deben haber sonado heréticos.

Durante la contienda, Raúl volverá a España como corresponsal del diario *Nueva España*, participará en el Congreso de Intelectuales Antifascistas de Valencia en 1937, oscilará entre el frente y los grupos de intelectuales reunidos en París, donde alternará con Bertolt Brecht, René Crével y César Vallejo, entre otros; más tarde, tras la derrota republicana, colaborará con Neruda para el traslado de exiliados a Chile. El también viajará a Santiago, donde habrá de permanecer hasta 1944.

Cuatro años antes había muerto Amparo Mom, como ya se había adelantado Raúl, al escribir «Estoy lleno de tu vida y de tu muerte. / Estoy tocado de tu destino». Ese final intuido en su verso lo marcaría por el resto de su vida. Y en su conversación de los últimos años, no dejaba de recordarla con los motivos más variados.

A comienzos de los años cincuenta, González Tuñón conoce al otro amor de su vida: Nélica Rodríguez Marqués, correligionaria con la que se casaría pocos meses después y que lo acompañará hasta su muerte. Desde entonces, su vida transcurre en el pleno ejercicio poético. Admirado por los jóvenes poetas, sorprendidos de su generosidad, de su trato siempre amable y alentador con los que se inician. No se equivoca en sus intuiciones y así presenta, prologa, el primer libro de Juan Gelman: *Violín y otras cuestiones*. Y también se enorgullecía: «fuera del país, si no descubrí en España a Miguel Hernández, pues ya antes lo habían hecho Neruda y Aleixandre, intervine estimulándolo en su trán-

sito de los sonetos muy brillantes, pero dentro de una métrica tradicional, a *Viento del pueblo*, gran libro en el que se anunciaba como la nueva voz de la poesía española. Y en Chile puede decirse que descubrí a Nicanor Parra –no al actual divagador, un poco reaccionario, con resabios dadá-surrealistas que ya no sorprenden a nadie– sino al lúcido poeta a quien alenté desde las páginas del suplemento dominical de *El Siglo*, que yo fundara con otro notable chileno: Julio Moncada».

Su militancia le valió el silencio casi unánime de revistas y suplementos culturales; se le negaron premios y homenajes oficiales y todos sus últimos libros fueron publicados por pequeños sellos, que eran en realidad grupos de jóvenes obstinados que reunían el dinero necesario para dar a la luz modestas ediciones que él recibía con la ilusión de los primerizos. Una de las revistas paradigmáticas de la generación del sesenta optó por resarcir esa marginación y optó por un título que lo conmovió: *La rosa blindada*.

La última década de su vida fue intensamente creativa: así dio a conocer: *Demanda contra el olvido* (1963); *Poemas para el atril de una pianola* (1965); *Crónica del país de nunca jamás* (1965); *El rumbo de las islas perdidas* (1969); *La veleta y la antena* (1969), y póstumo apareció *El banco de la plaza* (1977).

Se jubiló de un modesto cargo de redactor del diario *Clarín* de Buenos Aires y volvió a recorrer las calles de su ciudad en busca de recuerdos que le permitieran trazar el dibujo de las postales de su juventud. («Entonces aún la luna bajaba hasta los patios. ¿Era todo mejor? No lo sé. Era distinto. / Había carnaval, nochebuena, organitos, / herrerías, corralones y mágicos baldíos».) Los poemas eran su personal agradecimiento a aquellos días en los que sólo debía estirar la mano para recoger versos que –a la vuelta de los años– habrían de transformarse en hitos de la modernidad literaria argentina. O lo que es más: de la poesía argentina a secas.

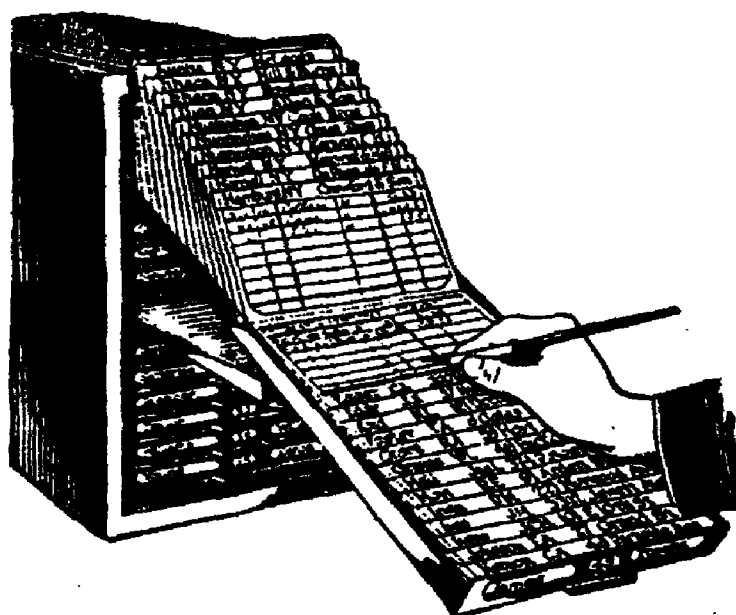
GUIA DE PORTUGAL

KARDEX

O FICHEIRO

MAIS PRÁTICO

: TODO EM AÇO :



AGENTE GERAL:

ERNST PAUL

LISBOA

R. dos Bacalhoeiros, 107, 2.º E.

TELEFONE N.º C 3200